

CAPITULO 26

Javier accedió al ruego y hubo un instante en que las manos de ambos se rozaron, como si quisieran acceder a la intimidad. ¿Refugio o invitación?

Al suspendido goce; a recuperar el tiempo; a buscar el cobijo, mientras las nubes, acumuladas en el cielo, hablaban el lenguaje de la tempestad. ¿Cuál parecía ser el destino de aquella noche? ¿Fugarse hacia el placer o permitir que aquella proximidad, solo fuese un encuentro fortuito?

Escudriñar las certezas, aunque no lo fueren, desde largos meses acechando en las sombras. ¿Se abría o se cerraba el círculo de esa larga esperar? ¿Cuáles otros indicios los unía? Él la besaba en la frente, mientras Alondra cerraba los ojos, ignorando si esa noche iba a llover a cántaros.

La camioneta había avanzado alrededor de trescientos metros por un camino aledaño, antes de ingresar a la ruta principal, en tanto Luis y Alondra conversaban acerca del futuro de ambos.

—Si algún día Alondra, piensas regresar a nuestra zona, te voy a esperar. Al menos dime que lo intentarás.

—No puedo prometer nada, Luis, porque es una

irresponsabilidad. Debes asumir esta situación.

—¿Cómo negar que me enamoré de ti? Entonces, daría cualquier cosa para retenerte. No es aconsejable vivir con mi madre viuda en una cabaña. Es bueno a mi edad, tener compañía de una mujer como tú.

—Si regreso el próximo invierno al Walmapu, juro que te buscaré y ahí volveremos a hablar. Ahora, por favor, llévame a Carahue. Se hace tarde.

—Alondra. Quiero hacerte una pregunta que me quema la boca, aunque la puedes calificar de impertinencia.

—Escucho.

—¿Qué hay entre tú y Javier?

—Nada. ¿Y por qué debería existir algo entre nosotros?

—Sólo ha sido una pregunta inocente, como tantas otras.

—Él me ha protegido y bien lo sabes, entonces, valoro su actitud.

—De acuerdo y pido disculpas...

—Ni siquiera se ha atrevido a cogerme de las manos o abrazar. Nuestra relación es de amistad. ¿Conforme? Bien podría ser su nieta. No olvides que me salvó de morir ahogada.

De improviso, Luis detuvo la camioneta. Aferrado al manubrio, parecía haber visto algo extraño en el atajo, quizá la presencia de un puma que los acechaba, aunque la lluvia no le

permitía la adecuada visibilidad. Alondra quiso preguntar la causa de aquella inesperada actitud, pero sus palabras se desvanecían. Perdían intensidad y al final, optaba por aguardar la reacción de Luis.

Ahora se escuchaba el gorgoriteo de la lluvia, semejante a la música de un órgano. El viento, invitado a expresar en ese instante la fuerza de su presencia, soplaba en distintas direcciones. Estimulado por aquella borrasca, Luis Onfrey lanzaba a Alondra una proposición quemante, como si fuese estertor de moribundo. Presencia del torbellino, metido entre ellos.

—Aún es tiempo querida Alondra, que desistas de viajar a Carahue. Te necesito junto a mí, ahora. Si te marchas en este momento, creo que voy a morir.

—Luis, no es justa tu proposición, la que estimo una insensatez. ¿Acaso ignoras que permanecer aquí es un riesgo para todos y olvidas que me buscan por terrorista? Debes recapacitar.

—Lo entiendo...

—Es mi obligación, seguir luchando por una causa que es de justicia social. Se hace tarde. Debemos ahora, continuar el viaje; te lo suplico.

—¿Has olvidado los momentos de intimidad que tuvimos?

—Jamás lo olvidaré.

—¿Qué hay de aquellas promesas de amor que nos dijimos en varias oportunidades? ¿Lo has olvidado? Tus besos y caricias, lo juro, arden en mi boca y en mi cuerpo. Alondra, no quiero vivir sin ti. ¿Acaso lo dudas?

—Me provocas, Luis y eso me daña...

—Quien lo hace eres tú, Alondra.

—Si ahora no me conduces a Carahue, me iré caminando bajo la lluvia. Ya nada me importa, mientras tengo deseos de llorar. Debes creerme.

—Yo no voy a renunciar a ti Alondra, porque te amo.

—Te suplico Luis, que no me lastimes con palabras de niño caprichoso. Debe primar la sensatez. ¿De acuerdo?

—No es mi ánimo, querida Alondra.

—Mi decisión en marcharme y ahora.

—Bueno. Aquí vamos a permanecer hasta que reacciones —y amurrado se cruzó de brazos.

Aquella escena de contrariedades, por momentos cerrada a la razón, parecía conducir al vacío. Hacia la nada, siempre presente en la vida. Agazapada en los recovecos del origen. Alondra se puso a sollozar y se cubría el rostro con la pañoleta, agobiada por el nuevo escenario. Enfrentada a los dilemas del amor, por una parte, y su lealtad a la doctrina política a la cual

había adherido desde la juventud, ignoraba por cual camino transitar.

El camino que frente a sus ojos se bifurcaba y la sumía en la perplejidad, para conducirla a distintos escenarios. Vacilaciones, dudas, surgidas bajo el amor, que escala hasta convertirse en enigma. Que golpea el destino. Se disgrega y vuelve a golpear.

Cómo le machacaba la realidad, la disyuntiva, mientras navegaba entre dudas. ¿Debía claudicar a los ideales y en cambio escoger la placidez del hogar? Aquello se convertía en execrable disyuntiva, jamás tenida en su existencia. De por medio, traicionaba a Javier. Enfrentada a aquella dualidad, escuchó a su padre que, con voz de autoridad, la acusaba de insensatez, de ser una chica caprichosa. “¿Acaso quieres convertirte en un problema familiar?”

Ese nuevo escenario sembrado de incertidumbres, le impedía razonar. Si sentía gratitud por Javier Alcántara, ahora la presencia de Luis Onfrey desmoronaba cuanto había construido a su alrededor: la ciudadela para engañarse o protegerse de asedios. Empezó a amar a Luis desde cuándo una tarde en el invernadero, se dedicaron a cortar tulipanes para llevar a la feria de Carahue.

Él le cogía las manos y le susurraba al oído, frases de

amor, de un delirante amor y luego se besaban hasta lograr el frenesí, acostados sobre la hierba, mientras Javier trabajaba en su taller.